

Y mi palabra os empeño,
que mi esperanza creciera
si, en fe del amor que enseño,
solamente yo os sirviera,
pues vos sola sois mi dueño.
Mas deseos excusados
dan materia á mi temor;
pues ya advierten mis cuidados
que ha de ser uno el señor,
pero muchos los criados.
En serlo vuestro me empleo;
mas, pues sin favor me voy,
y en vos novedades veo,
fingiré que enfermo estoy
y quedarás el torneo. *(Quiérese ir.)*

BEATRIZ. No quiera Dios que por mi
pierda el Palacio su fiesta;
volved, no os partáis así,
que si tan caro me cuesta
cumplir lo que prometí,
por mejor tengo agradaros
que triste el Palacio esté.
Don Pedro, ¿qué podré daros?
Buscando estoy y no sé
si he de hallar con que agradaros.
Ahora bien, inconvenientes
contra amor no han de bastar,
de celos impertinentes;
ni sin causa os quiero dar,
don Pedro, este mondadientes,

(Dásele.)
que es la voluntad notoria
de una dama á quien hacéis
objeto de vuestra gloria,
y os le doy porque saquéis
reliquias de la memoria. *(Vase.)*

ESCENA III

PEDRO GIRÓN.

¡Oh premio rico, que á perder provoca
el seso del dichoso que te alcanza!
Pues si enloquece una desconfianza,
también el gozo vuelve una alma loca.

Ya la sentencia mi temor revoca,
pues á pesar de celos y mudanza,
Beatriz (por sustentar vos mi esperanza),
os lo habéis hoy quitado de la boca.

Haga flecha de vos el rapaz ciego;
báculo sed, en que mi dicha estribe,
vara en mis celos, id á reducillos.

Leña de amor con que atizáis mi fuego,
puntal de su edificio, que amor vive
(como es rapaz) en casas de palillos. *(Vase.)*

ESCENA IV

Sale DOÑA INÉS

Si en palabras portuguesas
no hay más que esto que fiar,
bien segura puedo estar
de amistades y promesas.
Arrogante es la hermosura;
de ella Séneca decía
que es parte de idolatría,

pues que la adoren procura
el cayado y la corona.
Como es doña Beatriz bella,
porque idolatren en ella
ninguna ocasión perdona;
á todo hombre de importancia
admite y hace favor;
no se llamará éste amor,
mas llamarás arrogancia.
Desde el punto que entró aquí
(ya sea por cosa nueva,
ya por hermosa) se lleva
las voluntades tras sí.
Y en fe de esto, ni nos precia
ni de palabras que da
hace cuenta: ¡bien está!
Toda confianza es necia
Yo vengaré los desvelos
con que burla mi esperanza;
que en la mujer no hay venganza
como la que dan los celos.

ESCENA V

Sale el REY DON JUAN.—DICHA.

REY. Yo os adoro Silva bella;
fácil en el alma éntastes;
tras vos la puerta cerrastes;
mal os echará por ella
de la Reina la hermosura,
que aunque abrir ha procurado,
no puede, que habéis dejado
la llave en la cerradura.

INÉS. Señor ¿qué endechas son esas?

REY. Tan crueles como vanas;
esperanzas castellanias
secan penas portuguesas.

INÉS. La Reina, nuestra señora,
la portuguesa será
que os suspende, claro está,
que aunque á vuestra alteza adora;
por más que llegue á gozar
cuando su amor le conceda,
en lo amado siempre queda
mucho más que desear.

REY. No, doña Inés, que aunque Reina
en el alma (que adoralla
jura) puede ser vasalla
de quien me abraza la Reina.
Imposibles de palacio
y sospechas de Isabel
hacen mi amor más cruel,
dándome muerte despacio.
Yo quiero bien á una dama
con quien hablar puedo mal;
milagro de Portugal,
más hermosa que su fama;
y vos, doña Inés, podéis
hacerme á mí harto favor.

INÉS. ¿Es doña Beatriz, señor?
REY. No es mucho que lo acertéis;
que con eso me advertís
que en la corte no hay belleza
digna de la real grandeza,
fuera de la que decís;
y pues entendida y fiel

vuestra discreción me obliga
á que mis penas os diga,
dadla, Inés, este papel. *(Dásele.)*
Decid que la amo infinito,
y que si muerte me ha dado
en solo un papel pintado,
me dé vida en otro escrito. *(Vase.)*

ESCENA VI

DOÑA INÉS.

Todo oficio es principal
en Palacio, medrar puedo;
pues por mano del Rey, quedo
desde hoy por tercera real.
A saber doña Beatriz
guardar palabras que dió
y no estar celosa yo,
suerte lograra feliz.
Pero la envidia cruel
en vengarse se resuelve,
y mis agravios envuelve
en este amante papel.
Pues no es bien, cuando hace alarde
del enojo que en mí labra,
que quien no guarda palabra
quiera que yo amistad guarde. *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen DON PEDRO PEREIRA y DON DIEGO SARMIENTO.

PEREIRA. Habéisme de hacer merced,
señor don Diego Sarmiento,
de mudar divertimiento.

DIEGO. ¿Y el por qué?

PEREIRA. ¿El por qué? Sabed
que ha un año y más que se humilla
á amor mi altiva cerviz,
y que por doña Beatriz
de Silva, asisto en Castilla.
Que se funda mi afición
sobre antiguo parentesco,
y que si su amor merezco,
con una dispensación
daré al conyugal decoro
perfección más excelente,
que el amor (cuando es pariente)
dicen que es azul sobre oro.
Paga mi lealtad mi prima,
vistome de sus colores,
háceme honestos favores,
versos que la escribo estima;
y aunque, libre de desvelos,
con esto pudiera estar,
como en materia de amar
son portugueses los celos,
el sol me los dá, por Dios,
no es bien que los aumentéis,
si á caso no pretendéis
que nos matemos los dos.
DIEGO. No poco siento el pesar
que os doy, que sois cortesano;
pero no está ya en mi mano
amar, ó dejar de amar.
Pretendiente más moderno

soy, que vos, de esa beldad;
mas no vale antigüedad
en las plazas de amor tierno;
ni por años se averigua;
que amor constante y leal
no es boda de colegial,
que honra más por más antigua.
Desde que doña Beatriz
dió nueva luz á Castilla,
logré empleos de servilla;
y mi esperanza feliz,
(con el mismo fundamento
que vos) promesas me da,
que de dos almas hará
una sola el casamiento.
Si en el deudo no os igualo
consuélese mi afición,
en que no hay dispensación
á donde no hay algo malo;
y así vuestra prima toma
más gusto (y no es maravilla)
con amor que está en Castilla
que con el que estriba en Roma.
No me desdeña tampoco,
favores tengo también,
que á pesar de algún desdén
pudieran volverme loco;
y así, si porque la quiero
reñir conmigo intentáis
(mientras que á Roma enviáis
por dispensación) primero
que venga, hacedlo de modo
que dándome muerte aquí,
partáis por ella, que así
iréis á Roma por todo.

PEREIRA. Burlas en cosa de veras
no las sufre un portugués;
y, más, si la ocasión es
por amorosas quimeras.
Yo soy... Mas la Reina es ésta;
agradeced su venida,
que la espada apercebida
iba á daros la respuesta.

ESCENA VIII

Salen LA REINA, D. PEDRO GIRÓN y D. LUIS DE VELASCO.—DICHOS.

P. GIRÓN. No ha de decirme de no
Vuestra Alteza, gran señora:
basta saber que la adora
quien de embajador sirvió
en aquestos casamientos
al segundo Rey don Juan.

LUIS. Si acción los servicios dan
y al amor merecimientos
don Luis de Velasco soy;
bien sabe el Rey mis hazañas,
envidiadas por extrañas.

ISABEL. Confusa oyéndoos estoy.
Debo á don Pedro Girón
lo que sabéis, por tercero
en mi casamiento, y quiero
premiar su fiel intención.
También hago justa estima
de vos, y juzgo cuán bien

me puede estar de que os den á doña Beatriz mi prima. Mas siendo una, no sé cómo contente con ella á dos, nó haciendo un milagro Dios, puesto que á mi cargo tomo agradaos.

LUIS. En tal caso el más digno pretensor ha de salir vencedor.

P. GIRÓN. Alto, por esa ley paso.

LUIS. De mi sangre generosa bien sabe nuestra nación.

ISABEL. Cualquiera comparación de esa especie, será odiosa. La elección de un casamiento, si se hace con libertad, pende de la voluntad más que del entendimiento.

LUIS. Sepa yo á quien se la tiene de los dos, doña Beatriz, que éste será el más feliz.

LUIS. Si alegar prendas conviene, desde que vino á Castilla y mi amor la eligió dueño, con el semblante risueño mi fe agradece sencilla.

Mírame en toda ocasión, y fiesta ha venido á haber que á sólo verme correr sacó el cuerpo del balcón, y bajando la cabeza mi buena suerte aprobó, cuando acompañando entró en la Corte á Vuestra Alteza. Sé yo que á otra dama dijo: «Si el entendimiento iguala en el don Luis á su gala desde hoy por galán le elijo».

Y, si no es esto bastante á anteponerme, señora, á don Pedro, no ha media hora que también me dió este guante.

PEREIRA. De ese tengo yo un hermano, (ya que derechos escucho en vos ponderados mucho, que se han de quedar en vano). Doña Beatriz es cortés; y en fe de su urbanidad, sin costas de voluntad, con término portugués, se muestra agradable á todos y sólo amorosa á mí.

Por su gusto estoy aquí y he sido, en diversos modos, por pariente y por amante, su empleo, y puedo esperar que su mano he de alcanzar, como primero su guante.

ISABEL. Tercero competidor tenemos ¿qué dice de esto don Pedro Girón?

P. GIRÓN. Supuesto que es calidad de mi amor emplearle en quien adoran tan ilustres caballeros, aunque pudiera traerlos

favores que ellos ignoran, quiero guardar el respeto á quien mi lealtad premió; que nunca se arrepintió amor que estima el secreto. Doña Beatriz solamente es en esto interesada; escoja el que más le agrada entre tanto pretendiente, y cese esta competencia.

DIEGO. Yo quiero eso y me está bien.

ISABEL. ¿Pues amaísla vos también?

DIEGO. Y con tal correspondencia que me juzgo preferido á cuantos de su afición, si á caso llamados son, han de enviarme escogido; remitome á la experiencia.

ISABEL. ¡Válgate Dios por mujer: qué ancha debes de tener la voluntad y concienzal. Ahora bien; porque no niegue vuestra dama obligaciones y la convenzan razones cuando á persuadirla llegue, cada cual me dé el favor que tiene, y le hace dichoso; que aquél ha de ser su esposo que me le enseñe mayor. No quiero yo que la corte se alborote cada día por dama que es sangre mía.

PEREIRA. Como para eso importe está bien; en este guante se cifra todo mi bien.

LUIS. Y en este estriba también mi amor, honesto y constante.

DIEGO. Más le debe á su belleza la fe que logro en amarla,

(Vánda dando los favores.)

pues se quitó, por premiarla, esta flor de la cabeza.

P. GIRÓN. La mayor acción me toca, si lo que el amor sublima, celebra, adora y estima, en una dama es la boca. Una mano fácilmente suele alcanzarla el amante, después de una flor, ó un guante.

¿Pero quien habrá que intente llegar á su boca hermosa sino el que está en posesión y se honra con el blasón de adquirirla por esposa? Pues á mí (porque concluya competencias pretendientes) que se quitó de la suya, me ha dado este mondadientes; y si es lícito casarse dos príncipes por poderes, y aunque muden pareceres no ha el concierto de mudarse. Juzgad si es mi dicha poca, pues, cuando mi amor premió, por poderes me envió en el patillo la boca.

(Dásele.)

ISABEL. Bien encarecido está; las muchas prendas que sé que tenéis la propondré y ella luego elegirá. Andad con Dios.

P. GIRÓN. Vuestra Alteza advierta, que si no soy su esposo, dispuesto estoy en mudar naturaleza; desnaturalizareme de estos Reinos.

(Vase.)

PEREIRA. Yo he venido á servirla; y así pido

que Vuestra Alteza se extreme en favorecer mi suerte; porque en siendo de otro esposa, todo ha de ser una cosa: casarse y llorar su muerte.

(Vase.)

LUIS. Si esto á su elección se deja, seguro estoy que ha de ser doña Beatriz mi mujer.

Mas mire que la aconseja Vuestra Alteza, que sabrán las armas vengar mi agravio.

(Vase.)

DIEGO. Yo escojo medio más sabio yendo á hablar al rey don Juan, porque sea intercesor con Vuestra Alteza y con ella.

ISABEL. Como el Rey pida por ella vos seréis su poseedor, y yo viviré sin celos. Esa diligencia haced.

DIEGO. Siempre el Rey me hizo merced ¡Tenédmele grato, cielos!

(Vase.)

ISABEL. Basta, que truje conmigo mi mismo desasosiego, del Rey y su corte el fuego, de la paz el enemigo.

Doña Beatriz me ha quitado de mi esposo la mitad, que es el alma y voluntad; sólo el cuerpo me ha dejado.

Si no me le restituye conocerá por su mal que celos de Portugal no es cuerda quien no los huye.

ESCENA IX

Salen el REY y DON ALVARO DE LUNA.—DICHA.

REY.

Don Alvaro de Luna, á esta jornada os prevenid, que tengo de partirme á la tala del reino de Granada antes que pase el mes. Venga á servirme el que acostumbra matizar su espada en sangre mora, y sus hazañas firme con ella en los anales de la fama, donde es de más valor quien más derrama.

ALVARO.

No quedará en tus reinos caballero que á tan santa jornada no te siga. A Agar destierra del rincón postrero, de donde hasta hoy al godo, Dios castiga. No en las guerras civiles el acero

se ejercite, cuando hay gente enemiga que ofrece el cuello á tan divina hazaña, fama á tu nombre y libertad á España. Cien hombres de armas y dos mil infantes voy á alistar, con que servirte pienso. (Vase.)

ESCEMA X

DICHOS, MENOS DON ALVARO.

REY.

Deseos amorosos é inconstantes que hacéis que os peche el alma y pague censo; si la paz hace guerra á los amantes ni paz con esta guerra recompenso. ¡Dichoso si con ella divertido apago incendios y á Beatriz olvido! Pero la Reina es esta. ¿Pues señora qué suspensión y soledad es esa?

ISABEL.

Suspensa, sí; no sola, que el que adora con sus deseos amistad profesa. En Vuestra Alteza el alma hablaba agora.

REY.

Fineza, al fin, de amante portuguesa. ¿Y de qué se trataba? ¿Amor ó celos?

ISABEL.

¿Celos de vos? No lo querrán los cielos. A Vuestra Alteza, gran señor, pedía consejo para cierto casamiento, que, por tocarme en sangre gustaria que saliese acertado y á contento. Doña Beatriz de Silva, deuda mía, cuya hermosura, edad y entendimiento en el primer lugar puede ponerse, la corte trae á riesgo de perderse. Pídenla cuatro Grandes, y deseo dársela al uno de ellos por esposa.

REY. (Ap.)

No quiera amor que se haga tal empleo, la Reina debe estar de mí celosa. (A la Reina.) Las muchas prendas de esa dama creo; sé que es noble, discreta, rica, hermosa, y dama vuestra, en fin, porque la fama pueda envidiar tal Reina de tal dama. Mas ¿quiénes piden ese casamiento?

ISABEL.

A don Pedro Pereira, que es su primo en primer lugar pongo, con intento de que la alcance.

REY. (Ap.)

Amor, cómo os reprimo.

(A ella.) Buena elección, discreto pensamiento, que es ilustre don Pedro y yo le estimo. Mas parientes casados por amores malógranse, y no dejan sucesores.

ISABEL.

Está bien dicho y yo lo había notado. Sea don Pedro Girón el venturoso.

REY.

Tengo á don Pedro en Aragón casado;
y aunque lo ignora, es ya lance forzoso.

ISABEL.

Si es forzoso, á casarse irá forzado.
Don Luis de Velasco es generoso
en estado y en sangre.

REY.

Darle trato
de San Juan, en Castilla, el gran Priorato.

ISABEL.

No se podrá casar de esa manera.
¿En don Diego Sarmiento halláis escusa?

REY.

Es muy mozo don Diego.

ISABEL.

Peor fuera
la vejez para el tálamo confusa.
Amor las bodas ama en primavera;
poco las goza el que en vejez las usa.
Doña Beatriz...

REY.

No me canséis, señora,
que no gusto se case por agora. (Vase.)

ESCENA XI

DOÑA ISABEL.

Quien en clausuras de cristal pretende
cubrir la luz que en las tinieblas lleva;
el fuego entre la pólvora que enciende;
el gozo quien recibe alegre nueva,
ese encubrirá el amor á quien ofende
y el ejemplo del Rey sirva de prueba
á los celos que ya vengar presumo,
pues si es llama el amor, ellos son humo.
Los imposibles que hoy el Rey ha hallado
al desposorio de ésta mi enemiga,
sabrán vencer mi velador cuidado,
por más que ciego en su pasión prosiga.
Los celos mi paciencia han apurado;
solicita el poder, la injuria instiga
á la venganza que el rigor profesa;
que soy mujer celosa y portuguesa. (Llora.)

ESCENA XII

Sale doña Inés.—Dicha.

INÉS. Gran señora ¿Vuestra Alteza
llorando?

ISABEL. Sí, doña Inés;
de mi amor, como fuego es
sube el humo á la cabeza.
Celos, en casos de amar,
son humo que causa enojos,
y con el humo á los ojos
claro está que he de llorar.

INÉS. Siendo de quien yo imagino,
á no preciarme de fiel,

causa fuera este papel
de hacer algún desatino. (Dásele.)
Nombróme el Rey su estafeta
(por callar otro apellido)
que de esta suerte ha querido
graduarme de discreta.

Mas, como no lo sé ser
quiero, en fe de mi lealtad,
darle á Vuestra Majestad
novedades que leer
con finezas, si bien dichas,
no á lo menos bien empleadas.

ISABEL. Voluntades mal casadas
cobran su dote en desdichas.

A doña Beatriz irá
que es la inquietud de esta corte.

INÉS. Cobre tu venganza el porte,
pues tanta ocasión te da;
que, á quitársele ella al Rey,
yo sé que no se atreviera
ni ese papel la escribiera.

ISABEL. El amor no guarda ley.
(Lee.) «A un retrato vuestro había
yo (doña Beatriz) ofrecido mi corona,
si no deshiciera la fortuna lo que con
tanta razón dispuso un engaño. Rei-
na os quisiera de Castilla; pero pues
no puede ser, sedlo de mi voluntad,
ó quejaréme del pintor que os retra-
tó hermosa y no homicida.»

ESCENA XIII

Sale doña Beatriz.—Dichas.

ISABEL. No leo más; llamarme Inés
esta mujer.

INÉS. Ella propia,
por dar á tus celos copia,
viene á que el papel la des.

ISABEL. Doña Beatriz.

BEATRIZ. Gran señora.
ISABEL. Por tu honor mirar pretendo
y el mío. En anocheciendo,
luego, al instante, á la hora
de la corte has de salir
y volverte á Portugal.

BEATRIZ. ¿Qué causa?...

ISABEL. Temo un gran mal
si aquí te deajo asistir.
Liberalísima eres
no sabes lo que es negar;
si aprendieran de ti á dar,
Beatriz, las demás mujeres
nadie de ellas se quejara.

No es bien que conmigo estés;
que temo que tanto des
que á mí me salga á la cara.
Que el pródigo que sin freno
imprudente y necio gasta,
cuando su caudal no basta,
hurta, tal vez, el ageno;
y tengo una prenda yo,
que aunque velo por guardarla,
andas muy cerca de hurtarla.

BEATRIZ. No entiendo ese enigma.

ISABEL. ¿No?

Pues yo sí, que basta.

BEATRIZ. ¿A quien
pródiga he dado favor
que ponga á riesgo mi honor?

ISABEL. ¿A quién, preguntas? ¡Qué bien!
¿Este guante es tuyo?

BEATRIZ. Sí;
favorecer es decente
á un caballero pariente
á quien anoche le di.

ISABEL. ¿A un caballero? Bien dices;
pero ¿á dos? Sesó es ligero.
¿Este no es el compañero?

BEATRIZ. ¡Constantes sois las Beatrices!
Juegos que son cortesanos
poco ofenden.

ISABEL. Bien alegas,
pues dando dos guantes juegas
airosamente á dos manos.
Y, como pica y provoca
amor, tahir, aunque ciego,
por sí la boca hace juego
dió este pañillo tu boca.

(Va enseñándola los favores.)

Al cuarto ha visto jugar,
y porque pueda ganar
le has dado á entender la flor.
Cuatro los premiados son,
y pues haces cuatro damas
serás (pues Silva te llamas)
Silva de varia lección.

BEATRIZ. Mire Vuestra Alteza...

ISABEL. Asombro
haces de que á cuatro diga,
que tu liviandad obliga.
Pero, si al quinto te nombro,
¿qué harás?

BEATRIZ. Mientras no me dejes
disculpar...

ISABEL. Este papel
el Rey te escribe, y en él
dice finezas herejes
y á quien mi enojo ocasiona
(Rasga el papel.)

como el papel, rasgaré
el alma, y le comeré
el corazón. La corona
que yo poseo, quería
ponerte el Rey, y no osara
decirlo, como no hallara
lugar en tu fantasía.
Villana ¿tú con el Rey?
¡Vive el cielo!

BEATRIZ. El Rey bien puede
amarme, sin que yo quede
por alguna causa ó ley
culpada, mientras no doy
color á ese disparate.
Vuestra Majestad me trate
bien, pues que su prima soy;
y advierta que aunque respeto
al rey don Juan, mi señor,
y al reverencial amor
que debo, el alma sujeto
de mi sangre generosa,
tal altivez heredé
y presunción, que no sé

ISABEL. si estimara ser su esposa.
¿Descomedida, así habláis
del Rey, delante de mí?
Ese loco frenesí,
ya yo sé que le fundáis
en las alas que él os da,
y los necios cortesanos
á quien, con favores vanos,
hechizáis. No quiero ya
que os partáis á Portugal;
aquí sabrán mis enojos
esconderos de los ojos
del Rey, que un agravio real
puede remediarse así.
Abreme ese armario, Inés.
(Abre un armario donde quepa doña
Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Qué es lo que intentas?

ISABEL. Que estés

encerrada y presa así,
donde sin respiración
ni sustento, muerta quedes;
que de otra suerte no puedes
satisfacer mi pasión.

INÉS. ¡Gran señora!

ISABEL. Déjame
esconderla desta suerte
del Rey; que sola su muerte
sosiego es bien que me dé.
INÉS. Rogara, Beatriz, por vos
si supiérades cumplir
palabras.

BEATRIZ. Si he de morir
aquí, no sepa (mi Dios)
ninguno, que esta crueldad
pudo en el pecho haber
de tan severa mujer;
que en esta conformidad
yo prometo, aunque me muera,
no dar voces.

ISABEL. Cierra Inés;
dame esas llaves. (Ciérrala.)

INÉS. Después
que aquesta tempestad fierá
pase, abrirla mandarás;
que es castigo riguroso.

ISABEL. ¡Por vida del Rey mi esposol...

INÉS. No jures, señora, más.

ISABEL. Que he de tenerla entre tanto
que muerta la llegue á ver.

INÉS. ¿No ha de comer, ni beber?

ISABEL. Coma angustias, beba llanto. (Vanse.)

ESCENA XIV

Sale doña Leonor, emperatriz, y don Juan.

LEONOR. En Roma estamos (don Juan).
Federico, mi señor,
dignamente Emperador,
es un Narciso alemán.
Cifradas en él están
las gracias que hay repartidas
en gentilezas fingidas
que ensalza la antigüedad;
con una alma y voluntad
quisiera darle mil vidas.

Hoy nos han de coronar
(en fe del amor que encierro),
con la diadema de hierro
que en Milán se suele dar;
quiere el Papa dispensar,
porque mañana haga iguales
dos almas, que liberales
el yugo esperan cristiano
del tálamo soberano
y bendiciones nupciales.
Desposarán mañana,
y esotro, con real decoro,
nos dará el círculo de oro
de la majestad romana.
Tan gozosa estoy y ufana,
y tan pérdida de amor
por el César, mi señor,
que, á poderlo hacer, le hurtara
del sol la hermosura rara
por parecerle mejor.

Triste, don Juan, me escucháis,
¿pésaos del bien que declaro?

JUAN.

A mi suerte le comparo,
que al paso que vos contáis,
gran señora, lo que amáis
á quien no sé si os merece.
Se disminuye y decrece
una esperanza atrevida,
que, entre imposibles florida,
se ha muerto cuando amanece.
Vine yo amando, señora,
esta jornada á una dama
que cuanto más á otro ama,
más la sirvo y me enamora.
No sé si mi amor ignora,
mas sé que me mandó, en suma,
embarcar, porque presuma
cuán poco hay de mar á amar
y que es locura esperar
firmeza en reinos de espuma.
Sobre ella mi atrevimiento
torres vanas levantó;
mas ¿qué cuerdo edificó
sobre la espuma y el viento?
Llegué á Roma, vi el contento
que (como yo vuestra alteza)
da á otro dueño su belleza,
y en las congostas que paso,
la semejanza del caso
ocasiona mi tristeza.

LEONOR. ¿Pues en qué causa, ó razón,
fundáis que esa dama os quiera?

JUAN. En la voluntad primera
que estriba en la inclinación;
en la comunicación
que en la niñez arraigada
crece, de amor fomentada
y en natural convertida,
suele andar lo que la vida
con el alma acompañada.

LEONOR. La llaneza suele hacer
atrevido al menosprecio,
y más (don Juan) cuando el necio
la llega mal á entender.
¿Por fuerza tiene que ser
amor, toda voluntad?
Sed buen intérprete, andad;

que ingenios desvanecidos
cuando tuercen los sentidos
yerran con facilidad.

ESCENA XV

Sale un PAJE.—DICHOS.

PAJE. El Emperador está,
con la romana nobleza
y esperando á vuestra alteza.

LEONOR. Irse á coronar querrá.
Don Juan, la dama sé ya

(A él aparte.)

que amáis (aunque no os declaro
quién es); poned más reparo
en vuestro perdido seso,
porque si insistís con eso
podrá ser que os cueste caro.

ESCENA XVI

Quédase solo DON JUAN.

Tarde el desengaño vino;
difícilmente se cura
si se arraiga la locura,
y amor todo es desatino.
¡Buen remate de camino
han hallado mis enojos!
mas decid vanos antojos
aunque desdenes me afrenten,
en Leonor ¿no se desmienten
las palabras y los ojos?
¿Con voluntad no me mira,
cuando me habla con rigor?
Luego, en los ojos amor
llama á la lengua mentira.
Nunca me miró con ira,
aunque con ira me ha hablado;
por entendida se ha dado;
salir con el pleito intento,
que su mismo pensamiento
tiene de ser mi abogado.
Hable una vez el amante,
que el amor es buen testigo
de que se lleva consigo
quien la inquiete cada instante.
Yo proseguiré adelante,
con mi altivo pensamiento,
fabrique ó no sobre el viento;
que en la importuna frecuencia,
no hay mujer con resistencia
ni amor sin atrevimiento.

ESCENA XVII

Sale MELGAR.—DICHOS.

MELGAR. Roma, ó chata, hermosa sales;
mas débete de afeitarte,
porque no te vean andar
tan llena de cardenales.
Fiestas, al fin, imperiales.
¡Oh, señor! ¿Qué haces aquí?

Acompaña, ¡pese á mil
la Emperatriz por quien Roma
las varas de un palio toma
de brocado carmesí.

Sal á los recibimientos,
verás á Nicolao quinto,
en medio de un laberinto
de tomates ó pimientos
pacíficos instrumentos;
Roma, vestida de fiesta,
y de doseles compuesta,
sus calles llenas de flores
y sus ventanas de amores.

Mas la Emperatriz es ésta.
Aguárdala una hacanea,
en la blancura paloma,
que, al lado del César, Roma
hoy coronarios desea.

JUAN. ¡Amor! ¿Qué importa que sea
Emperatriz, si sois dios?

MELGAR. En un palio van los dos
hasta San Juan de Letrán.

JUAN. ¿Qué temo? ¿No soy don Juan,
Leonor mujer, deidad vos?

ESCENA XVIII

Salen la EMPERATRIZ con acompañamiento, música y
la EMPERATRIZ que tropieza y al darla la mano
DON JUAN, se la aprieta y quiere besarla, y ella le
da un bofetón.—DICHOS.

LEONOR. Federico, mi señor,
¿me espera?

PAJE. Señora, sí.

LEONOR. ¡Válgame el cielo! caí.

MELGAR. Tenla.

JUAN.

¡Ay divina Leonor,
si en la cuenta de mi amor
cayérades reducida
qué venturosa caída!
Levantárame yo ufano,
si como yo os doy la mano
me diérades vos la vida.

LEONOR. ¡Atrevido! De esta suerte
vuestros desatinos pago;
y agradeced que no os hago,
como merecéis, dar muerte.
Así, es razón que os despierte.

UNO. ¿Qué es esto?

LEONOR. Pudiera ser.
Poco debéis de saber,
pues viéndome tropezar,
me pretendéis levantar
para que vuelva á caer.

ESCENA XIX

Quédanse solos MELGAR y DON JUAN, muy suspenso.

MELGAR. Sin mentís, un bofetón,
es como rayo sin trueno.
Tu carrillo queda bueno
para rueda de salmón.
Quiere que en esta ocasión
tu amor á Roma te iguale,
que en prueba de esas señales
fuera (porque te autorices)

tu cara, á estar sin narices,
Roma con sus cardenales.
Cinco en la cara te ha puesto;
si fué favor no me espanto,
mas favor que duele tanto
más es quinto que no sexto.
No se te caerá tan presto,
ni yo (á caerse) le alzaré;
¡oh mercader que sin vara,
al tiempo que te despides,
tan ligeramente mides
á palmos toda una caral!

JUAN.

¡Libreme el cielo de ti!
¿Qué suspensión te ha elevado?
Levantando, he levantado
la memoria que perdí.
Mundo, si pagas así,
á dejarte me apercibo;
pues es bastante motivo
el ver (si á decirlo basto)
que tras veinte años de gasto
me asientas este recibo.
A pagarme te dispones
con los salarios usados,
que ya se pagan criados
á coces y á bofetones.
¡Locas imaginaciones,
necio es el que no os repara!
No más vanidad avara;
quedáos torpes ejercicios,
que aún no paga el mundo en vicios
y da con ellos en cara.
Pues ha salido á la mía
á tal tiempo la señal,
no es mi enfermedad mortal;
posible sanar sería;
no halló la filosofía
médico para este daño
que se iguale al desengaño.
Alto, pues, si en quien se cura,
mudar aires es cordura,
hoy mudo los de mi engaño.
Adiós corte, en quien se ampara
el que es tratante de enredos,
que das el favor á dedos
y éstos puestos en la cara.
La verdad divina y clara
me enseña que eres un mostro;
profanos gustos, ya os postro,
que si el mundo estriba en ellos,
por darme en rostro con ellos
vinieron á darme en rostro. (Vase.)

ESCENA XX

MELGAR.

¡Espera, aguarda! ¡Ah, señor!
Afrenta debe de ser
dejarse un hombre poner
salserrillas de color.
Leonor, no sois vos Leonor,
sino octava maravilla.
Volverme quiero á Castilla.
Pretended, Leonor, de hoy más,
pues echáis así el compás,
ser maestra de capilla.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA

Una Niña que ha de hacer á Nuestra Señora, dice desde arriba sin descubrirse, y responde DOÑA BEATRIZ encerrada en el armario.

NIÑA. ¿Beatriz?

BEATRIZ. ¿Quién es? ¿Quién me llama? que con regalada voz mortales ansias olvido Libertad es mi prisión.

NIÑA. Sígueme.

BEATRIZ. ¿Seguirte? ¿Cómo, si tres días ha que estoy oprimida en la clausura de esta obscuridad atroz? Aquí me maltratan celos de una Reina, que al rigor de su enojo libra llantos venganzas á su pasión. Muda muero, ofensas callo, (en fe de que noble soy), porque ignore el Rey crueldades que ha ocasionado su amor. No temas; fia en mi amparo. Libre estás; al resplandor de los rayos que me visten te saca mi protección.

(Abrense las puertas y sale doña Beatriz y sobre ellas en una nube se aparece una niña con los rayos, corona y hábito con que pintan á la Imagen de la Concepción.)

BEATRIZ. ¡Gracias al cielo que os veo claros orbes; pero á vos es más justo que os las de, Alba, Estrella, Luna, Sol! ¿Conóceme?

NIÑA.

BEATRIZ. Hermosa niña; que de los ojos de Dios, niña cara os considero, no sé si durmiendo estoy. Pero ¿qué conocimiento, qué humana imaginación, qué Ave Real no cegara á tal luz, tanto candor?

NIÑA. ¿No me conoces, en fin?

BEATRIZ. Regalada niña, no; pero sí para serviros: vuestra eterna esclava soy.

NIÑA. ¿Conoces estas colores?

BEATRIZ. Conozco, niña, que son lo azul celeste y lo blanco las que mi gusto eligió, en vanas ostentaciones y que dieron ocasión á no pocos disparates, mas ya son cuerdas por vos.

NIÑA. Sí, que son colores mías.

BEATRIZ. Mejoraron su valor; calificaron su estima; honrólas vuestra elección; ojo de Dios sois amores; pues, con el blanco color y lo azul, sois niña zarca que me roba el corazón.

No hay en vos (mis ojos) nube; que por eso os cerca el sol, siendo sus rayos pestañas de su esfera guarnición.

NIÑA.

Ya, Beatriz, por conjeturas, me conoce tu atención. Ojo de Dios me llamaste; tu advertencia lo acertó; siéndolo, pues, de su cara, hay en el mundo opinión que sustenta su porfía, afirmando que cegó el primer instante este ojo del rostro de mi Criador, la nube que al primer padre la destemplanza causó siendo la gracia el colirio que de ella me preservó. Yo soy la privilegiada, cuya cándida creación hecha por Dios *ab initio*, para su madre eligió; que habiéndose de vestir la tela que amor tejió, quiso preservar sin mancha en mí, limpio este girón, al poner el pie en el mundo donde el hombre tropezó. Dios, amante cortesano, la mano de su favor me dió, anteviendo el peligro sin que de su maldición, se atreviese á mi pureza el lodo que Adam pisó. Por eso el vestido escojo con que he venido á verte hoy, cándido, limpio, sin nota, sin pelo de imperfección; porque si la levadura del pecado, corrompió toda la masa de Adam general su contagión, la Providencia del cielo, antes del primer error, lo acendrado de esta masa sin levadura apartó. También es lo azul mi adorno porque si Pablo llamó á mi hijo segundo Adam, siendo el primero en rigor, hombre de tierra terreno y hombre juntamente y Dios, celeste el Adam segundo, yo por la misma razón, si Eva fué mujer del suelo la celeste mujer soy, que estoy del cielo vestida y en Patmos mi Aguila vió. ¿No confiesas tú todo esto?

BEATRIZ.

Bien sabe la devoción, Vuestra Alteza, niña pura, que esa verdad me enseñó. Con el alma la confieso; téngola en el corazón, y perderé en su defensa mil vidas, que humilde os doy. Sois Reina ¿Qué razón hay

y que se precie de razón os dé nombre de pechera si es vuestro hijo Emperador?

NIÑA.

Si soy Reina como afirmas ¿ser mi dama no es mejor que de la Reina Isabel?

BEATRIZ. ¡Ojalá me admitáis vos!

NIÑA. Las damas de mi Palacio (Beatriz) siguen el olor de mi pureza virgínea y Angélica incorrupción; no, como tú, el tiempo pierden, que tanto el cuerdo estimó en galas y vanidades; incendios del torpe amor.

BEATRIZ. Yo os prometo Aurora pura, (como me ensalce el blasón de dama de vuestra casa que es Templo de Salomón). Yo os hago solemne voto de ser una, desde hoy, de las que al Cordero siguen, porque sus Vírgenes son.

NIÑA. En la corte corres riesgo.

BEATRIZ. Huiré de la Corte yo.

NIÑA. Así tu hermano lo hizo; ya cortesano de Dios gentil hombre es de mi casa, no de la Augusta Leonor; que le despertó del vicio la afrenta de un bofetón.

Ya no se llama don Juan: su nombre es Fray Amador; confirmóle el desengaño; la vida y nombre mudó.

(Aparécese don Juan de Ermitaño, dándole San Jerónimo la mano para que suba por unos riscos. Estén colgados de un árbol, espada, daga, sombrero con plumas; toquen música.)

Amador quiso llamarse, porque en fe de que me amó, de mi Concepción intacta promete ser defensor.

Mírale haciendo trofeos de las galas que ostentó la soberbia cortesana, la lisonja y la ambición. Colgándolas, como adviertes, las trata como al ladrón, que hurtando la castidad al vicio la puerta abrió.

A Jerónimo le ofrece el pulso, porque es Doctor de la Iglesia, y sana enfermos su alada contemplación.

Los éxtasis de María, Antonio, Pablo, Hilarión le suspenden; pero Marta, discípulo le eligió

que activo á la Iglesia sirva, siendo ilustre imitador del Alférez de mi hijo, que sus llamas le imprimió, ¿Quieres tú seguir sus pasos?

(Encúbrase la apariencia.)

BEATRIZ. Quiero lo que queráis vos.

NIÑA. ¿Serás hija de Francisco?

BEATRIZ. Su esclava (mi Niña) soy.

NIÑA. En Toledo has de fundarme una nueva Religión que el nombre y hábito tenga de mi Pura Concepción.

BEATRIZ. ¡Venturosa yo, mil veces!

NIÑA. Pues vuélvete á tu prisión, que presto, Beatriz querida, saldrá de Sodoma, Lot. Toledo te está esperando, que, si en su Iglesia Mayor, bajé á vestir á Ildefonso, de mi honra defensión, en ella quiero que fundes una orden de tal valor, que mi Concepción defienda é ilustre su devoción. *(Encúbrese.)*

BEATRIZ. ¡Mil veces alegre cárcel, volvamos á ella, mi Dios; pues os halla en los trabajos quien en gustos os perdió!

(Entrase y ciérranse las puertas.)

ESCENA II

Salen la REINA y DON ALVARO DE LUNA.

ALVARO.

Vuestra Alteza, señora, no se enoje, porque, en lo que manda el Rey, insista.

ISABEL.

A nadie para darme pena escoje sino á vos, que es la causa que resista cualquiera de Palacio el disgustarme, sino sois vos que andáis siempre á su vista; vos consultando siempre en qué agraviarme.

ALVARO.

Mándame el Rey que sepa qué se ha hecho doña Beatriz de Silva. El excusarme no ha sido, gran señora, de provecho. Tres días ha que no se sabe de ella, y el Rey de vos no está muy satisfecho. A vuestras damas pregunté por ella y llorando responden que gustaran saber, si muere ó vive para vella; mil sospechas y dichos se escusaran con decir donde está; que en vuestra ofensa los grandes que la sirven se declaran; el Rey, que la tenéis en prisión piensa; y don Alonso Vélez (que es su hermano) anda á esta causa con tristeza inmensa. No hay título, ni ilustre cortesano que no trueque en pesar el alegría que verla daba al suelo castellano. El portugués don Pedro desafía á don Pedro Girón, y no hay sacarle de que, favoreciendo su porfía, la escondéis de la corte por casarle con ella. Entiende don Diego Sarmiento que á don Luis de Velasco (por premiarle el Rey con tan honroso casamiento) se la promete, y esconderla manda, favoreciendo vos el mismo intento. Ved, pues, señora, cuando la corte anda de esta manera en bandos dividida, si es justo vuestro enojo y mi demanda.

ISABEL.

Decid que esa mujer no está perdida; (pero si el Rey por ella) que es mi dama y mi parienta; que ninguno pida cuenta de cosas mías, y esa fama que han echado, no importa el vulgo diga; que no ofenden quimeras que él derrama. Cada cual su opinión defienda ó siga, que yo no pienso responder más que esto. Idos con Dios; andad.

ALVARO.

El Rey me obliga á que peque, señora, de molesto. Yo tengo de mirada todo este cuarto, obedeciendo á lo que me han impuesto.

ISABEL.

Ya, Condestable, os he sufrido harto; no me deis ocasión á que interprete que por ser su tercero, veis mi cuarto; pues si sois causa vos de que se inquiete el Rey, ya podrá ser que haya castigo contra quien gustos torpes le promete.

ALVARO.

¿Qué dice Vuestra Alteza?

ISABEL.

A questo digo.

ALVARO.

¿Y yo soy digno de ese premio justo por lo que España puede ser testigo? Caséla á Vuestra Alteza contra el gusto de estos Reinos, y siendo sólo Infanta en el trono la puse casi Augusto. ¡Bien por estos servicios me adelanta!

ISABEL.

Nunca á la obligación dejó memoria el deservicio que á su Rey encanta. Andad con Dios, y no seáis historia en Castilla, del mundo; que al fin rueda, y no estáis confirmado en esa gloria. No provoquéis mi enojo, que aunque pueda la privanza encumbrar vuestra fortuna y en hacerlos favor el Rey exceda, soy vengativa yo, y si me importuna vuestro enfado, tal vez por no sufrillo puesta al espejo, rompa yo su luna. Guárdaos el Rey, y no me maravillo que no temáis; mas la ciudad más fuerte se ha visto perder por un portillo. En un cadalso suele hacer la muerte tragedias de los Grandes de este mundo, que el tiempo es dado, y múdase la suerte. Bien sé (pues esto os digo) en qué me fundo; procurad conservaros en el puesto donde os sustenta el rey don Juan segundo, que es hombre... Mas, él viene; andad.

ALVARO.

¿Qué es esto?

¿Qué luna, qué portillo, qué cadalso, nuevo temor á mi privanza ha puesto? ¡Ay arrimos del mundo sobre falso! ¡Quiera Dios que la Reina, que así paga, por haberla hecho yo, no me deshagal

ESCENA III

Sale el REY, DON PEDRO GIRÓN, DON PEDRO PEREIRA DON DIEGO y DON LUIS.

REY. Caballeros, la prudencia de la Reina (que ha sabido vuestro intento) habrá querido quitaros, de la presencia con doña Beatriz, disgustos y ocasiones de encontraros. Yo no puedo concertaros ni acudir á tantos gustos.

Beneméritos sois todos de su adorada belleza; edad, estados, nobleza, os igualan por mil modos. Sepamos á dónde está, y podráse dar un corte con que sosiegue la corte, que la Reina lo dirá. Pero, pues está presente, vuestras dudas satisfaga.

ISABEL. Basta, que no hay quien deshaga (aunque la causa está ausente) (Ap.) este laberinto extraño,

tenido por maravilla en Portugal y Castilla, que de ello puede un engaño.

REY. Quitad ya la confusión de nuestra corte, señora.

ISABEL. Si es doña Beatriz la autora, y tantos de su afición pretendientes, nadie pida donde está, que es cosa cuerda que para que no se pierda esté esa mujer perdida.

Negárola solicito aunque alguno la hallará, (Al Rey.) que por saber donde está la dé reinos por escrito.

Si de lesa Majestad es crimen digno de muerte, dar al enemigo el fuerte contra su fidelidad; y es el alcaide traidor, ¿qué castigo da la ley á quien á su mismo Rey entrega un liviano amor?

Yo he heredado el ser cruel de mi nación, por exceso; de este crimen son proceso letras de cierto papel.

Como Reina he sentenciado á perdimiento de vida á esa mujer atrevida que al Rey, mi señor, ha dado hechizos con su hermosura.

Celos son mal tan cruel que mata en ese cancel, vengándome su clausura. Ha tres días que encerrada, sin darle alivio al sustento, falta de vital aliento y viva en él sepultada; porque este incendio se apague que tanta gente ha perdido,

darla la muerte he querido: quien tal hace que tal pague.

REY. ¡Oh, bárbara! ¡Vive el cielo! si es muerta, que tu castigo, siendo esta corte testigo, tiene de asombrar al suelo.

ALVARO. ¿Hay hazaña más impía? P. GIRÓN. Mudo me tiene el dolor.

(Abre y sale doña Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Qué es esto, Rey y señor?

¿Qué es esto, señora mía?

ISABEL. Beatriz ¿estás viva?

BEATRIZ. Estoy de mi inocencia amparada; del cielo patrocinada; á cuya Alba gracias doy, que, contra Reales enojos, tan seguro amparo envía.

REY. Apenas el alegría permite el uso á mis ojos, para novedad tan rara.

PEREIRA. No sale el alba tan bella, cuando enamorado de ella, el sol la afeita la cara, como de la prisión sale el prodigio de mi amor.

LUIS. Es ángel, dióla favor el cielo de quien se vale.

REY. Yo, Beatriz, tendré más cuenta desde este punto de vos, que quien, sin temor de Dios, os confiesa por parienta y os hace obras de enemiga.

BEATRIZ. A la Reina, mi señora, soy de la vida deudora, y cuanto valgo; castiga justamente y es razón escarmentar y temer, y en el dechado aprender de su heroica discreción.

REY. Caballeros, la hermosa premio del valor se llama; quien á doña Beatriz ama, y ser su esposo procura, á la tala de Granada mañana me he de partir; méritos puede pedir á su ventura y espada.

Que el que con fuerzas bizarras la vega mora corriere y más cabezas trujere, á doña Beatriz en arras en el tálamo de amor, ese será el preferido;

porque siempre el premio ha sido de Marte, el honesto amor.

LUIS. Yo acepto esa noble empresa.

DIEGO. Ya sabe cortar mi espada los granos de esa Granada.

PEREIRA. La experiencia portuguesa, que en Africa se ejercita, triunfará de esa nación.

P. GIRÓN. Soy amante y soy Girón, amor y sangre me incita.

REY. (Ap.) ¡Ay, doña Beatriz hermosa, sol eres, Icaro soy!

ISABEL. ¡Amor, socorro, que voy (Aparte.) más corrida y más celosa!

ESCENA IV

Vanse y al entrar DOÑA BEATRIZ, sale por otra puerta MELGAR, y lídmale.

MELGAR. ¿A mí sa doña Beatriz? suplico á Visiñoria.

BEATRIZ. ¡Melgar!

MELGAR. Señoraza mía:

pon la pata, la raíz de ese árbol, que á amor provoca y le ofrece frutos ricos, encima este par de hocicos, pasearás por mi boca.

BEATRIZ. Pues, Melgar ¿á dónde queda vuestro señor y mi hermano?

MELGAR. Asentáronle la mano, y aunque en lo blando era seda, hasta el mandamiento quinto le imprimieron en dos credos, letras de un lustro de dedos dejándole blanco y tinto (sin ser vino) en un carrillo. Diósele doña Leonor, en réditos de su amor, que no pudiera sufrillo (á ser otro) la ceñida.

Viendo, pues, su mal despacho don Juan, ha dado en capacho y muda de traje y vida.

De San Jerónimo es Ermitaño, por lo menos.

BEATRIZ. Intentos, Melgar, tan buenos dignos son de portugueses.

MELGAR. Como sin dueño he quedado, y la ermitaña aspereza no la abraza mi flaqueza, (porque estoy desvencijado) y si no me desayuno, en amaneciendo Dios, con media azumbre ó con dos y un zoquete cuando ayuno, luego me da la jaqueca, háse venido á amparar de Visiñoria, Melgar, ya que don Juan vida trueca.

BEATRIZ. No está para gente honrada; el mundo, (Melgar amigo) paga mal.

MELGAR. También lo digo.

BEATRIZ. Ya yo estoy escarmentada, como mi hermano.

MELGAR. Alto, pues,

no hay sino ser ermitaña. Vámonos á una montaña; que como tú en eso des, yo seré en Sierra Morena ventero, que cuenta pida para enmienda de mi vida, que allí hay culpas y no hay pena.

BEATRIZ. Melgar, yo os he menester. La lealtad que habéis tenido á mi hermano, he conocido